

Humanos en su manera ¿menos celestial?

Dr Ricardo Gesund.

Oncólogo clínico en Cali (Colombia).

Resumen: En esta narrativa clínica el Dr Gesund nos presenta un relato de su propia experiencia como paciente oncológico que nos lleva a reflexionar sobre una de las cualidades y tareas primordiales del trabajo del médico. Este artículo se complementa con uno anterior también **publicado en Doctutor:** <http://www.doctutor.es/2015/04/10/humanos-en-su-forma-mas-celestial/>



Aquí estaba yo de nuevo. En el momento en el que el radiólogo me llamó unos días después de la prueba de rutina que me hago cada seis meses, sabía que algo estaba mal. Como vimos las imágenes juntos, él me dijo que, una vez más, la enfermedad que debutó por primera vez hace siete años había vuelto. No es que fuese algo enorme, pero allí estaba, recordándome que mi cáncer nunca se iba a ir, como yo había pensado ingenuamente durante estos tres años de paz. La batalla empezaría de nuevo. Como siempre, estuve tranquilo y adopté la misma actitud que tengo por lo general cada vez que me enfrenté a hechos concretos y duros. Traté de obrar de la mejor manera posible. Como de costumbre, llamé a mi oncólogo inmediatamente con el fin de obtener su consejo. El problema es que vivimos en diferentes países y conseguir él por teléfono no es fácil, aunque yo mismo soy médico. Normalmente, tengo que hablar con su secretaria y ella arregla lo que él decide. Le hablé de mi recurrencia así que ella me pidió que le enviase las imágenes que mostraban el problema y una carta describiéndolo. Lo hice de inmediato, pero no recibí ninguna respuesta. Finalmente, después de diez días, la secretaria me dijo que me vería en su consulta dos días más tarde y ha añadido: "El doctor piensa salir de la ciudad por lo que no será posible verlo una vez se haya ido." Acepté y procedí de inmediato a comprar mis billetes y reservar un hotel. Debido a la poca antelación y la gran distancia del viaje, esto no fue fácil ni barato. Llegué un jueves a las seis de la mañana, después de haber viajado toda la noche, tras pasar por mi hotel, fui directamente a mi cita. No tuve que esperar mucho tiempo como otras veces. Un asistente entró para revisar la historia clínica. Yo era, obviamente, el paciente, pero ayudaba el hecho de que soy capaz de contar una historia clínica de manera precisa.

A continuación, entró el gran hombre. Aunque me recibió en su fría forma habitual, al menos me recibió. Ha habido un par de veces antes, en las que ni siquiera se había molestado en saludarme a mí o a los miembros de mi familia que me acompañaban. Entonces, sin mediar ninguna otra palabra, me dijo, "¿Qué esperaba? ha vivido más tiempo que la mayoría de los pacientes que tienen una enfermedad como la suya. ¿Sabe usted la media de supervivencia en casos como el suyo? "

Me quedé sin habla. Este hombre me estaba diciendo que no debería haberle molestado. Según sus estadísticas debería estar muerto. Después de recuperar la compostura, le respondí: "Doctor, no hace falta que me diga ese tipo de información. Las cifras las conozco. Si estoy aquí, no es por usted, sino por mí. He hecho todo lo posible por seguir viviendo. Disfruto cada momento de la vida. Y aquí estoy de nuevo, con una recurrencia sí, pero tan vivo como siempre. "

No parecía que hubiese tomado nota de mis palabras. Muy profesional comenzó a discutir las diferentes opciones de tratamiento,

que sinceramente, no eran muchas. "El comportamiento clínico de su enfermedad es muy poco común", dijo. Fue entonces cuando me di cuenta de que el gran hombre, el jefe del servicio, no sabía qué hacer.

Así que fui yo el que propuso una idea. "Esa es una posibilidad," dijo rápida y obviamente aliviado por la oportunidad de deshacerse de mí, "pero hay que discutirlo con el cirujano. Voy a decirle a mi secretaria que le de una cita".

Le pregunté si iba a hablar con él acerca de mi situación. Cuando se envía un paciente a otro médico, se le deriva. Por lo general, se envía una nota o se habla con él. "No. Me voy de la ciudad, y no tengo tiempo. Le mandaré un e-mail." Salí de su oficina asombrado y profundamente conmovido. Tan pronto como me encontré en la calle, llamé a mi esposa y le dije cómo el gran oncólogo no tuvo ni cinco minutos para discutir sobre un paciente con su colega. Su reacción y lo que me dijo me ayudó a ponerle palabras a lo que sentía en la boca de mi estómago. En ese momento todo lo que quería hacer era volver al hotel y descansar.

El lunes siguiente tuve la cita con el cirujano. Él es un hombre amable, pero parecía desconcertado a verme. "¿De qué va todo esto?" "¿No le escribió el oncólogo sobre mi caso?"

No lo había hecho. Así que tuve que hacerlo yo todo. Fui yo el que uve que discutir las posibilidades de tratamiento, le expliqué lo que había ocurrido en los días anteriores. Tras haber visto las imágenes estuvo de acuerdo con mi propuesta y me dijo que iba a escribir una nota al oncólogo para definir un plan conjunto. Mientras tanto, pidió pruebas de rutina para una biopsia de una de las lesiones que confirmase que era canceroso. Lo hice de inmediato en su propia consulta. Y entonces sucedió algo muy extraño. Mi recuento de leucocitos era muy bajo, y no hay neutrófilos. No me lo podía creer. Eso nunca había sucedido antes y me sentía bien. A la mañana siguiente, pidió una repetición de la prueba. Mi recuento de glóbulos blancos fue todavía más bajo.

Ahí estaba yo, atrapado en una habitación de hotel, sin saber qué hacer. Y lo que es peor, como médico, sabía las muy peligrosas consecuencias de una situación como esta, y además estaba en un país extranjero en el que ni siquiera podía pedir mis propias pruebas de laboratorio. Me sentía impotente.

Hice varias llamadas a la consulta de mi oncólogo, pero siempre obtuve la misma respuesta de su secretaria. "El médico no está en la ciudad."

"¿No hay nadie que le cubra?", Pregunté. En mi práctica tengo un equipo de nueve médicos que trabajan conmigo y que en mi ausencia atienden a mis pacientes. La respuesta fue negativa. En mi desesperación, llamé a la enfermera de mi cirujano buscando algún tipo de ayuda. Ella se comprometió a hacer algo.

Y lo hizo. A la mañana siguiente la enfermera del oncólogo me llamó y me dijo que era muy difícil conseguir una cita con un hematólogo de manera rápida, pero que lo intentaría. Dos días más tarde, el hematólogo me vio y me hizo todo tipo de pruebas. Antes de ser enviado de vuelta a mi hotel me pusieron una inyección para reforzar mis defensas. Unos días más tarde, se me hizo una biopsia. El resultado fue positivo.

A la semana siguiente, sabiendo que el oncólogo estaba de vuelta, intenté ponerme en contacto con él de nuevo, pero él no se puso al teléfono. Le pregunté a su secretaria si había hablado con el cirujano. Pero ella no lo sabía.

A pesar de sentirme muy enfermo y no querer afrontar el duro clima invernal que hacía, decidí ir a la consulta del oncólogo y enfrentarme al hombre. "Se le llamará", me dijo la secretaria, una respuesta que había oído ya muchas veces. Me di cuenta de que no me llamaría nunca y que tenía que luchar por mis derechos. Tenía que tomar decisiones vitales. Con todas mi fuerzas y ?? valor le dije: "Voy a sentarme aquí hasta que me vea." Eso hice. Me hicieron pasar a su despacho. Al entrar en lo oí murmurar algo sobre un tratamiento que sólo se administra a alguien en estado terminal. No hice caso de que y le pregunté si había hablado con el cirujano sobre el tratamiento que había propuesto. Si eso era lo que yo quería hacer, me dijo, me conseguiría una cita con otro médico y me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo y mucho dinero. Además de la enorme factura del hospital, estaba pagando un montón de dinero por el hotel.

Decidí seguir viviendo, lo que significaba que era el momento de irse. Llamé al cirujano para agradecerle su ayuda y su amabilidad. Su enfermera confirmó que habían escrito varios correos electrónicos al oncólogo con el fin de definir mi tratamiento. Pero que este no había respondido ni una sola vez.

Llegué a casa desecho y en muy mal estado, pero nunca me había sentido tan feliz de estar de vuelta. Por primera vez en siete años y después de perder un tiempo precioso y mucho dinero, decidí ir a un nuevo centro médico con el fin de obtener el tratamiento que

me había sugerido el cirujano. Fue el lugar correcto. El nuevo médico me dio la bienvenida con calidez y me escuchó con atención. El tratamiento que recibí fue rápido y exitoso. Ahora, después de dos meses estoy más en forma que nunca y llevo una vida normal. No me siento impotente.

Después de mi mala experiencia he comprendido una vez más lo importante que es dar a mis pacientes fuerza y ??confianza, hacerles saber que estoy aquí para ayudarles a encontrar la mejor solución. Termine beneficiándome yo mismo de su confianza. Un paciente me dio tanta alegría que escribí un ensayo sobre ella: "humanos en su manera más celestial" (publicado en Doctutor: <http://www.doctutor.es/2015/04/10/humanos-en-su-forma-mas-celestial/>)

A veces es difícil satisfacer las necesidades de un paciente y no pretender tener todas las respuestas, pero si hay una cosa que sé es que mi trabajo como médico no busca el destruirlos. Si pierdo mi humanidad estoy perdido para ellos, pero también para mí mismo.